

El fantasma del mercado mundial

Michel Husson

«La base del modo de producción capitalista está constituida por el mercado mundial mismo»¹. Con esta cita no se busca un patrocinio augusto. Presenta la doble ventaja de plantear de entrada la cuestión de si la mundialización es un fenómeno realmente nuevo, y enlazar con la noción de mercado mundial, que nos parece absolutamente central. El mejor enfoque de la mundialización es, en nuestra opinión, analizarla como un paso adelante decisivo hacia la constitución de un mercado mundial. Éste será el hilo conductor del artículo.

La extensión mundial del mercado

El concepto central del que hay que partir es el de trabajo socialmente necesario. Este concepto remite al proceso de evaluación de los gastos de trabajo que, partiendo del intercambio y de la venta de mercancías, lleva a decidir a posteriori si los gastos de trabajo fueron o no conformes a las normas que se derivan de este proceso permanente de comparación. La competencia que se establece entre capitales privados sólo encuentra su sanción en el momento de la realización del valor, y el lugar donde se emite este veredicto es el mercado. Por tanto, éste no es sólo un lugar de intercambios, puesto que contribuye a validar retroactivamente las normas de producción. La mundialización es el proceso que permite constituir el mercado mundial, con el conjunto de sus atributos así definidos.

Para comprender mejor esta definición, hay que oponerla a una representación simplificada de la internacionalización del capital. El modelo sin duda más acabado es el de Bujarin², que postula una superposición perfecta del mapa de los Estados con el de los capitales. Cada Estado sostiene la ofensiva de sus propios capitalistas para conquistar mercados y territorios, e incluso hay fusión, en cada país, entre los capitales y el Estado. Esta guerra económica tiende lógicamente a transformarse en guerra a secas, debido a esta homogeneidad de intereses. Por otra parte, el imperialismo clásico toma la forma de un reparto del mundo entre potencias conquistadoras, en la formación de imperios y no desde luego de un "Imperio". El sustrato económico de este modelo es la yuxtaposición de espacios de valorización, cada cual con sus propias normas de competitividad, su propia definición del trabajo socialmente necesario. Hay punción de valor y transferencia, sin que esto implique la formación, ni siquiera tendencial, de un precio mundial. En nuestra opinión, este modelo sigue siendo válido, al menos para los países dominados, hasta finales de los años ochenta.

¿Es la mundialización diferente de la internacionalización tal como acabamos de describirla? Hay una corriente que responde negativamente e intenta demostrar que, en verdad, no hay nada nuevo bajo el sol. La economía mundial estaría dotada de una amplia y larga respiración que, simplemente, haría alternar fases de apertura y de cierre. Es cierto que los últimos veinte años suceden a una fase 1920-1970 en que los intercambios de mercancías y los movimientos de capitales fueron menos intensos. Los defensores de esta tesis, entre los que se puede citar a Hirst y Thompson³ o a Bairoch⁴, elaboran indicadores que miden la apertura de los grandes países a los intercambios o la internacionalización de las finanzas. Demuestran así que los indicadores alcanzan valores elevados pero no verdaderamente inéditos si se toma como referencia la *"Belle époque"* 1890-1914 del imperialismo clásico.

Esta aproximación cuantitativa deja de lado las transformaciones cualitativas que se encarnan, precisamente, en una tendencia a la constitución de un mercado mundial y a la formación de precios mundiales. La liberalización de los intercambios y de los movimientos de capitales no ha caído del cielo. Pasa por una larga serie de decisiones o de creaciones institucionales que hacen saltar todo lo que hacía de intermediario, de exclusiva o de filtro, entre normas (de productividad, de salarios, etc.) muy diferenciadas. Hoy día, la cuestión de saber si un trabajo privado (en el sentido de capital individual) accederá a la dignidad del trabajo reconocido socialmente necesario, se resuelve en base a una comparación que afecta potencialmente a todos los productores a lo largo y ancho del planeta. Esta tendencia no es directamente proporcional a la intensificación de los intercambios, sino que tiene más que ver con el modo de organización de los grandes grupos multinacionales que contribuye a hacer efectiva esta competencia directa.

Lo incompleto del mercado mundial

Esta tendencia a la constitución de un mercado mundial existe de forma manifiesta, pero conviene ver a continuación con qué va a chocar indefectiblemente. Detrás del movimiento hacia un mercado mundial, hay que ver una formidable objeción, constituida por el olvido de los diferenciales de productividad entre las diferentes zonas de la economía mundial. Esta realidad es testaruda, como lo acaba de recordar de manera brutal lo que se ha venido en llamar “efecto eliminación”. El postulado fundamental de la mundialización capitalista –que, evidentemente, no funciona- es que esta tendencia a la formación de un mercado mundial debería conducir a una convergencia de los resultados productivos. El FMI escribe, por ejemplo: «al permitir una mayor división del trabajo (...) la mundialización se traduce en un aumento de la productividad y del nivel de vida (...) La competencia internacional eleva la calidad de la producción y aumenta la eficacia»⁵.

Éste es uno de los grandes argumentos en favor de la apertura al mercado mundial, que permitiría animar los resultados gracias a la competencia; y ésta es también la principal objeción que se dirige a los modelos de desarrollo auto-centrado, cuyo proteccionismo habría tenido el efecto de perpetuar los resultados mediocres de las economías periféricas. En realidad, la homogeneización de los resultados se realiza a través de la eliminación de los menos eficaces. Uno de los rasgos fundamentales de la lógica del mercado mundial es alinear la definición del trabajo socialmente necesario con los resultados de los productores más eficaces, y eliminar a los menos eficaces, negándose a reconocer la necesidad social de estos productores potenciales. En cualquier parte del mundo, hace falta elevarse a la altura de las normas hipercompetitivas del Centro, sin que importe lo que desaparezca por ello. El paro y el subempleo representan desde este punto de vista un fenómeno universal e idéntico en su lógica estructural, cualquiera que sea el nivel de desarrollo absoluto de una zona económica.

Esta negación de la realidad lleva a una verdadera fragmentación de cada formación social: una parte conecta con el mercado mundial, mientras que la otra queda al margen. Cada país, o cada región de la economía mundial, se encuentra así en la intersección de dos espacios de valorización: el mercado mundial determina las normas de referencia de los sectores abiertos a la competencia internacional, mientras que el valor de la fuerza de trabajo continúa siendo fijado principalmente en el mercado interior. Esta doble inserción podría ser gestionada sin contradicción si se pudiera instituir un dualismo perfecto, bajo la forma de una completa dicotomía económica y social entre las “regiones” del país concernido. Pero como esta desconexión parcial es imposible, este modo de estructuración de la economía

mundial es fundamentalmente contradictorio. En él, la supresión de algunos productores conduce a una negativa de producción, que significa no satisfacer una demanda social, que sería viable desde el punto de vista de la oferta nacional y de su nivel medio de productividad, aunque no consiga alinearse con las normas dictadas y transmitidas por el mercado mundial.

Las reconversiones del Estado-nación

Esta configuración ejerce un efecto ambiguo sobre los Estados. Por un lado, el dualismo así instituido tiende a hacer perder al Estado una parte de su sustancia: su autonomía en materia fiscal o monetaria se reduce de forma considerable y, como consecuencia, su capacidad de llevar a cabo políticas sociales. Se puede citar al respecto el análisis del antiguo director del departamento de asuntos fiscales del FMI, Vito Tanzi⁶. En su opinión, el «mejor de los mundos» (*brave new world*) se caracterizará por un ascenso potencial de las «termitas sociales» que minan los ingresos fiscales del Estado: desplazamientos individuales, expatriaciones, comercio electrónico, paraísos fiscales, nuevos productos financieros, intercambios internos en las multinacionales, competencia fiscal, moneda electrónica. Hay que contemplar desde luego medidas, y Tanzi llega a citar incluso la tasa Tobin y propone la creación de una Organización Fiscal Mundial (*World Tax Organization*); pero esto, en el mejor de los casos sólo conseguirá limitar un poco la enorme presión ejercida por la mundialización sobre los recursos fiscales de los Estados.

Al mismo tiempo, la mundialización tendrá también el efecto de acrecentar cierto número de gastos en materia de educación, de investigación, de infraestructuras y de «reformas estructurales». Los gastos sociales quedarán entonces cogidos “en tijeras” entre unos recursos reducidos y la necesidad de aumentar algunos gastos. Habría que volver a la situación de comienzos de los años 60, cuando el gasto público no superaba como media el 30% del PIB. El crecimiento de los gastos sociales es relativamente reciente y por tanto fácilmente reversible, al menos en el espíritu de Tanzi, quien añade otro argumento: no es seguro que este aumento haya mejorado el bienestar, en todo caso no más de lo que lo habría hecho una progresión más rápida de la renta individual disponible.

Estas tendencias apuntan a una transformación radical de la protección social. Se puede hablar en este sentido de “des-socialización” y de “des-universalización”. La des-socialización es el objetivo claramente expresado de las políticas neoliberales, que reivindican el regreso a una época de menor socialización de los gastos sociales. En algunos lugares se quiere bajar el tipo de retención obligatoria; en otros se aconseja reducir –sin levantar muchas olas- el número de funcionarios⁷. La des-universalización consiste en renunciar a una concepción de la protección social basada en la garantía universal de los derechos sociales, bajo el pretexto de que eso sería, a pesar de las loables intenciones, fuente de ineficacia y de injusticia. La nueva concepción se basa enteramente en una asistencia dirigida hacia los super-pobres y que funciona según un principio de minimización de costes que la mundialización hace inevitable. En estas condiciones, el Estado recupera un papel, ciertamente difícil de mantener, de legitimación de este nuevo modelo. Siendo esta tarea prácticamente imposible, son verosímiles las dinámicas hacia un modo de dominación abiertamente represivo.

Lo que falta al nuevo orden económico mundial es, por tanto, la instalación de esclusas que aseguren la comunicación entre estas zonas con niveles de productividad demasiado escalonados para poder confrontarse directamente en el seno de un mercado mundial unificado. Por olvidar esta realidad topográfica, el

desarrollo se vuelve cada vez más desigual y menos combinado. La ley del valor continúa funcionando al nivel internacional, pero de manera tan desequilibrada que no conduce a la homogeneización de la economía mundial sino, por el contrario, a su fraccionamiento creciente.

¿Qué imperialismo hoy?

Aunque esta tendencia a la mundialización es innegable, no está ni mucho menos acabada, y esto es lo que olvidan muchos análisis de la economía mundial. Adoptamos aquí la metodología de Mandel⁸, consistente en examinar la hipótesis del ultraimperialismo en relación con la formación de un sistema unificado de precios de producción. En su opinión, la igualación de las tasas de ganancia sólo puede realizarse “en el mercado nacional”. Para que este proceso se extienda a escala mundial haría falta, no sólo una gran movilidad de los capitales, sino la formación de una “economía capitalista mundial homogénea”.

Tres modelos son concebibles para la economía mundial: super-imperialismo, ultra-imperialismo y competencia inter-imperialista. En el modelo del super-imperialismo, «una gran potencia imperialista única detenta una hegemonía tal que los otros Estados imperialistas pierden toda autonomía real respecto a ella y son reducidas al estatuto de potencias semi-coloniales menores. A la larga, dicho proceso sólo puede basarse en la dominación *militar* del super-imperialismo; concretamente, sólo el imperialismo U.S.A. podría desempeñar este papel».

En el modelo del ultra-imperialismo, «la interpenetración internacional de los capitales ha avanzado hasta el punto en que las divergencias de intereses decisivos, de naturaleza económica, entre propietarios de capitales de diversas nacionalidades, han desaparecido por completo. (...) En este caso, sólo habría competencia entre super-empresas multinacionales; la competencia inter-imperialista habría desaparecido, es decir la competencia se habría separado finalmente de su base estatal nacional. Pero ni siquiera en estas condiciones el Estado imperialista desaparecería (...) Simplemente, no se trataría ya de un Estado nacional imperialista, sino de un Estado mundial imperialista supranacional».

En el modelo de la continuación de la competencia inter-imperialista, «la interpenetración internacional de los capitales está lo bastante avanzado para que un número más elevado de grandes potencias imperialistas sea reemplazado por número más pequeño de superpotencias imperialistas, pero la constitución de una comunidad de intereses del capital está tan trabada por el desarrollo desigual del capital que fracasa. La fusión de los capitales se lleva a cabo al nivel continental, y la competencia imperialista intercontinental resulta aún más agudizada».

La tesis de que la mundialización actual está realizando el modelo del ultra-imperialista se encuentra hoy día bastante extendida. Odile Castel hace referencia explícita a la definición de Mandel⁹; y una concepción análoga se encuentra en la obra de Michael Hardt y Antonio Negri¹⁰, que se resume bien en esta afirmación de principio de Negri¹¹: «En la actual fase imperial, ya no hay imperialismo –o, cuando subsiste, es un fenómeno de transición hacia una circulación de los valores y de los poderes a escala del Imperio. Tampoco hay ya Estado-nación: se le escapan las tres características sustanciales de la soberanía –militar, política, cultural-, absorbidas y reemplazadas por los poderes centrales del Imperio. La subordinación de los antiguos países coloniales a los Estados-naciones imperialistas, así como la jerarquía imperialista de los continentes y de las naciones, desaparecen o perecen: todo se reorganiza en función del nuevo horizonte unitario del Imperio».

Los capitales no han soltado las amarras

Esta representación es en cierto modo un contra-fantasma que se opone al fantasma neoliberal del mercado mundial. Pero no resiste un examen minucioso de las relaciones de las empresas con sus Estados. Los grupos multinacionales quieren “el oro y el moro”: por un lado, presionan hacia una organización del mundo basada en el casi único principio de la libertad absoluta del capital, y están desde luego unificados con este programa. Pero, por otro lado, continúan apoyando a su Estado de origen: quisiera mostrar este aspecto desde distintos ángulos.

El Ministerio de Economía [*francés*] acaba de realizar un estudio detallado partiendo de una base de datos (¡privada!) que incluye las 83.000 filiales de los 750 mayores grupos mundiales. Este trabajo minucioso concluye que «las multinacionales (...) se encuentran por lo general mejor implantadas en su país de origen (...). Cerca de la mitad de los efectivos de los grupos implantados en Europa no proceden de los grupos europeos, si no se consideran los efectivos domésticos, [pero] esta cifra se reduce sólo al 10% si se tienen en cuenta los efectivos domésticos. Esta cifra del 10% es comparable para América del Norte, e inferior al 3% para Japón. En el caso particular de Francia se comprueba que 77% de los efectivos de los grupos multinacionales presentes en nuestro país pertenecen a grupos franceses, 12% a grupos europeos, y 11% a grupos de otras nacionalidades»¹². Existe por tanto una articulación privilegiada con el mercado interior nacional, que continúa –de manera muy general- jugando el papel de retaguardia. Se está lejos por tanto de esta otra característica que Mandel asociaba a la realización de un hipotético ultra-imperialismo: «El conjunto de los grandes capitalistas habría repartido tan uniformemente la propiedad de los capitales, la producción y la realización de la plusvalía, y sus nuevas inversiones en los diferentes continentes y países, que se habrían vuelto completamente insensibles a la coyuntura particular de un país determinado». No estamos ante tal configuración.

La “nueva economía” no es mundial

Un segundo ejemplo de los lazos que se mantienen entre capitales y Estados es el de la «nueva economía» en los Estados Unidos. La principal cuestión planteada por este fenómeno es su potencial de extensión al resto del mundo, y especialmente a Europa. Si la tesis del ultra-imperialismo o la del «Imperio» fueran justas, esta soberbia economía en redes debería conducir a una muy rápida difusión de las nuevas tecnologías. La vieja Europa debería pronto beneficiarse de las ventajas de esta nueva economía. Pero, por el momento, no ha sido el caso, puesto que la productividad del trabajo y la inversión quedan muy por debajo de las tendencias dinámicas señaladas en los Estados Unidos. Si se añade a esto el espectacular estancamiento de la economía japonesa desde hace diez años, se descubre que la arena imperial está mucho más compartimentada de lo que sugieren algunas interpretaciones.

Hace diez años se solía describir la estructuración de la economía mundial bajo la forma de una “tríada” relativamente armoniosa, donde los Estados Unidos, Europa y Japón coordinaban de manera específica la inserción de sus respectivas zonas de influencia. Este esquema subestimaba completamente los desequilibrios entre cada una de estas grandes potencias y el coincidente restablecimiento de los Estados Unidos como super-potencia. En muchos aspectos, el fenómeno de la nueva economía y su localización en los Estados Unidos sólo pueden explicarse en base a esta disimetría fundamental. La economía de los Estados Unidos se permite el doble lujo de un relanzamiento vigoroso de la inversión (probablemente excesivo respecto a las condiciones de valorización) y de un crecimiento muy sostenido del consumo, basado en una reducción continua de la tasa de ahorro de las economías domésticas.

La contrapartida es un déficit exterior considerable, cubierto por los capitales procedentes del resto del mundo. Se trata de un privilegio de potencia dominante que no se puede comprender si se observa la realidad a través del prisma del concepto de «Imperio».

Esta dominación reafirmada de los Estados Unidos no deja de provocar tensiones, y esta gestión conflictiva de la economía mundial no tiende a pacificarse. Se pueden dar ejemplos recientes, como el pulso entre Boeing y Airbus, el fracaso de Seattle a causa de las divergencias entre Europa y Estados Unidos, o incluso el rechazo de Bush a aplicar los acuerdos de Kyoto. Pero donde estas contradicciones aparecen de forma más clara es, sin duda, en el terreno monetario.

Se puede sostener la tesis de que el fuerte crecimiento de los Estados Unidos ha tenido como contrapartida directa el estancamiento japonés. En los acuerdos de Plaza de 1985, los Estados Unidos impusieron a Japón una revalorización de su moneda que quebró definitivamente el crecimiento de sus exportaciones. Hoy día, para relanzar la economía japonesa a través de una baja suplementaria de los tipos de interés reales, haría falta, nos dice Patrick Artus¹³, «una fuerte depreciación del yen: hasta 140-150 yens por dólar». Pero los Estados Unidos se oponen a ello, y el experto subraya «la rápida reacción del Tesoro americano (y de China, lo que es menos asombroso) desde el momento en que el dólar superó los 125 yens, lo que llevó a detener la depreciación en este nivel de cambio. Es cierto que el retroceso del yen tenía lugar en mal momento, con las dificultades de la industria americana, en particular la del automóvil; la preocupación de la administración Bush por no agravar la recesión con una sobrevaloración suplementaria del dólar. Pero hay que comprender que esta reacción es de naturaleza proteccionista, y que condena a Japón al estancamiento». ¿Cómo demostrar mejor la sobredeterminación del mercado mundial por los intereses de la super-potencia?

En definitiva, nuestra tesis consiste en decir que la mundialización capitalista realmente existente combina de manera contradictoria los tres modelos puros evocados por Mandel. Crea una verdadera tendencia al ultra-imperialismo, definido por la puesta en pie de un mercado mundial dotado de todos sus atributos. Pero las tensiones y los desequilibrios inherentes a un proceso semejante llevan a reafirmar el papel de la potencia dominante como elemento de coherencia del conjunto, conforme a lo que Mandel denominaba supra-imperialismo. En fin, este doble mecanismo divide efectivamente a los Estados-naciones entre funciones contradictorias, y reaviva por ello mismo las contradicciones inter-imperialistas. Tal vez se diga que esta tesis es sólo una pirueta cómoda. En cualquier caso, es primordial considerar el proceso de mundialización como un proceso contradictorio.

Hay que luchar, pero ¿dónde está el adversario?

La verdad está en el adjetivo. Nosotros no luchamos contra la mundialización, sino contra la mundialización capitalista, porque representa la forma suprema de la razón mercantil, que es una sinrazón. Dejemos de lado el tratamiento mercantil de toda una serie de cuestiones, desde el efecto invernadero (¡instauración de un mercado de la polución!) a los medicamentos contra el sida (crispación sobre la lógica del precio mundial único), para limitarnos al tema del orden económico mundial. Nuestro objetivo es lo que el capitalismo está poniendo en marcha, porque instituye una irracionalidad fundamental. El postulado sobre el que basa la argumentación a favor de esta forma de mundialización es simplemente contrario a la realidad: la competencia directa de zonas con niveles de productividad diferentes no conduce a la convergencia, sino a la separación. Por eso, la apertura máxima al comercio, y la libertad de acción absoluta

garantizada a los capitales no fundamenta un modelo de desarrollo. Toda la experiencia reciente lo demuestra, y ésta es la gran lección de las crisis que han venido a golpear a los buenos alumnos del crecimiento.

Es otro punto de divergencia con el análisis de Hardt y Negri, que hace de la «multitud» el agente de la resistencia y del cambio frente al «Imperio». Esta representación indiferenciada de un nuevo proletariado mundializado choca muy pronto con estos niveles de diferenciación y con estos fenómenos de dependencia acrecentados.

Si volvemos a la historia de las teorías de la dependencia, se puede subrayar una nueva paradoja, bajo la forma de un desencuentro paralelo. Las teorías de la dependencia, que pronosticaban la imposibilidad de un desarrollo en el Sur, prosperaron en el mismo momento en que el modelo llamado de “sustitución de importaciones” registraba un éxito real. Tomando sólo un ejemplo, en México el PIB por habitante aumentó un 3% anual entre 1960 y 1976, pero sólo un 1,2% entre 1976 y 2001. En cuanto al salario por habitante, progresó un 5% anual entre 1960 y 1976, pero bajó cada año un 1,6% durante este último cuarto de siglo. No se trata desde luego de idealizar este modelo, que tenía sus propios límites, sino de relativizar el argumento de que conduciría a un crecimiento mediocre, cuando ocurrió lo contrario. Pero hoy día las teorías de la dependencia adquieren una validez nueva, en particular en su versión dualista.

Luchar contra la mundialización capitalista por medio de una nueva reglamentación de los intercambios y de los movimientos de capitales no es asimilable a una defensa del Estado-nación. De manera más general, hay que salir de esta falsa alternativa, poco dialéctica, que consiste en decir: no enfrentarse directamente al gobierno mundial equivale a replegarse en la evocación nostálgica, impotente o reaccionaria, del Estado-nación. Este es el dilema en que Negri querría encerrarnos: «luchar contra el Imperio en nombre del Estado-nación revela una total incompreensión de la realidad del mando supranacional, de su figura imperial y de su naturaleza de clase: es una mixtificación».

Esta postura puede parecer muy radical, pero no es nada operativa. La primera razón es que, como se acaba de recordar, subsisten e incluso se profundizan efectos de dominación. La economía mundial sin duda nunca ha estado tan jerarquizada como actualmente, y esta jerarquía es cuidadosamente mantenida por los grupos multinacionales. Vigilan que sus filiales no puedan un día «desbordarse» y transformarse en competidoras, según el modelo coreano. En adelante, las transferencias tecnológicas están siendo estrictamente calibradas, y truncadas. La desregularización general se acompaña de esfuerzos constantes por sobreglamentar la propiedad intelectual. Esta es una contratendencia a la constitución de un verdadero mercado mundial, que muestra que los oligopolios mundiales no son nada cosmopolitas. Considerando esta disimetría, hay que distinguir entre el proteccionismo de los dominados, que es un derecho a defender de forma absoluta, y el de los dominantes, que es un privilegio que hay que criticar constantemente. En los países del Sur, no hay proyecto nacional de desarrollo que no pase por el establecimiento de un control sobre los movimientos de capitales. Los países más pequeños sólo podrán liberar márgenes de maniobra oponiéndose a la mundialización global, mientras que una regionalización facilitaría gobernar su inserción en el mercado mundial. Los Estados Unidos no se equivocan cuando oponen claramente su proyecto de zona de libre intercambio continental al de Mercosur, por lo demás muy tímido.

Este control sobre el capital es, después de todo, el objetivo central de todas las luchas llevadas a cabo contra estos tratados, estas cumbres y estos acuerdos más o menos clandestinos que definen la mundialización capitalista. Todos estos instrumentos están volcados hacia la defensa y la afirmación de los derechos del capital a escapar a cualquier control. El argumento de Tanzi muestra bien los retos de la autonomía fiscal y lleva a comprender que el Estado debe ser defendido, no en tanto encarnación de la nación contra el cosmopolitismo del capital, sino como el único instrumento que permite algún control del capital. En cuanto al gobierno mundial, podemos coincidir en que sólo se dispone, en el mejor de los casos, de fragmentos de ese Estado mundial utópico que podría asumir tales funciones reguladoras.

Una segunda razón, que se invoca menos a menudo, se basa en una distinción entre los capitales y las burguesías. Ciertamente, los capitales se desplazan como les parece. Y en todas las partes del mundo, las clases dominantes son miembros asociados a la mundialización, de la que se aprovechan más que nadie. Las nociones de «burguesías nacionales» y de «naciones proletarias» han sido vaciadas de sustancia por la mundialización capitalista. Las burguesías locales son los agentes y los beneficiarios de la sumisión de la Periferia a las exigencias del capital mundializados. Pero aunque los capitales circulan, las burguesías permanecen en el país y sus intereses concretos de grupos sociales se afirman bajo la forma de leyes, de normas dictadas al nivel nacional. Al igual que el «factor trabajo», la movilidad de las burguesías concretas es relativamente débil. A pesar de la fuga de “cerebros”, la expatriación sigue siendo un bluff. Sectores enteros de la lucha de clases, como modo de distribución de los privilegios sociales, se desarrollan cerca nuestra y el Estado continúa interviniendo como garante de estos privilegios. Si no puede comprenderse la reticencia absoluta de los gobiernos europeos y sus mandatarios a traspasar al nivel europeo las funciones estatales correspondientes.

Asignar a la “multitud” una lucha dirigida directamente contra un gobierno mundial del que nadie sabe decir dónde reside exactamente, corre el riesgo de desembocar en un sentimiento de desánimo que llegue a afectar a los movimientos sociales. La inmensidad de la tarea, la distancia que separa del adversario, y su potencia evidente, pueden muy bien desembocar en una mezcla de discurso ultra-radical, con acentos nihilistas, y de acciones autolimitadas por su blanco de proximidad. Un cierto discurso sobre la mundialización es perfecto para escamotear y decomisar el nivel nacional.

La salida de este dilema pasa por lo que se podría llamar una “estrategia de extensión”: se trata de dar a las movilizaciones, local o nacional, una dimensión internacional que comporte por sí misma dos aspectos. El primero podría ser calificado de reivindicativo: hay que volverse hacia su Estado o su gobierno para exigirle que avance, en las instancias internacionales, posiciones que estén de acuerdo con las aspiraciones sociales. Hay que privarles así a los gobernantes del pretexto de su supuesta impotencia ante la mundialización. Por ello es tan importante explicar que las instituciones internacionales raramente han superado el estadio de un “sindicato” de gobiernos nacionales, en particular en el caso de la Unión Europea.

Pero esta atención al gobierno debe doblarse con la búsqueda de formas de organización transversales, que desborden los arcaísmos de las burocracias sindicales. Esta estrategia no es un sueño, la estamos viendo elaborar ante nuestros ojos, de Vilvorde a Danone.

La mundialización capitalista está fabricando la base material de un internacionalismo objetivo de los trabajadores. Sus excesos ultra-liberales engendran movimientos de rechazo que, cada vez más, ofrecen lugares de experimentación para un anticapitalismo concreto. Estas dos tendencias conducen a una convergencia

acelerada de las luchas «anti-mundialización» y de las luchas sociales. En estas condiciones, el riesgo de “soberanismo” es temible, pero limitado. Además, la mejor garantía contra tal amenaza, y en el fondo la única, es el ascenso potencial de un internacionalismo abierta y conscientemente anticapitalista.

NOTAS

1. Karl Marx, *El Capital*, libro III Siglo XXI
2. Nicolas Bujarin, *La economía mundial y el imperialismo*. Cuadernos de Pasado y Presente nº 21.
3. Paul Hirst & Grahame Thompson, , Polity Press, Cambridge, Reino Unido, 1996
4. Paul Bairoch,. Editions La Découverte, 1994
5. Boletín del FMI, 19 mayo 1996, citado por René Passet, , Fayard, 2001
6. Vito Tanzi, *Globalization and the Future of Social Protection*, IMF Working Paper,, enero 2000
7. El Banco Mundial dispone de un servicio especial, amablemente bautizado como *Shrinking smartly*.
8. E. Mandel, *La tercera edad del capitalismo*. Capítulo X. Editorial Era
9. Odile Castel, *La naissance de l'ultra-impérialisme. Une interprétation du processus de mondialisation*, en *Le triangle infernal. Crisi, mondialisation, financiarisation*, bajo la dirección de Gérard Duménil y Dominique Lévy, Actuel Marx Confrontation, PUF, 1999.
10. Michael Hardt y Antonio Negri, *Empire*, Exils, 2000.
11. Toni Negri, *L'«Empire», stade suprême de l'impérialismo*, Le Monde Diplomatique, enero 2001
12. Edouard Bourcieu y François Benaroya, *Les grands groupes français face à la mondialisation*, Les Notes Bleues de Bercy, nº 196 y 197, diciembre 2000
13. Patrick Artus, *125 par dollar: la limite de dépréciation du yen que les Américains sont prêts à accepter*, Flash, nº 2001-75, 10 mayo 2001.